



Viernes, 28 de noviembre de 2008

GALERÍAS GRÁFICAS

CANALES

BLOGS

PARTICIPACIÓN

eldiadecordoba.es

CULTURA

PORTADA

CÓRDOBA

PROVINCIA

DEPORTES

CULTURA

ANDALUCÍA

ACTUALIDAD

OPINIÓN

TV

TI

El Día de Córdoba

Cultura

Tratado elemental de demonología

Tratado elemental de demonología

El Olivo Azul recopila en un volumen 17 relatos, la mayoría inéditos en español, escritos a lo largo de toda su vida por G. K. Chesterton, uno de los grandes autores del siglo XX

| ACTUALIZADO 23.11.2008 - 05:00

0 comentarios

0 votos



UNA HISTORIA UN TANTO IMPROBABLE

NO recuerdo si esta historia es verdadera o no. Si la leyerá en su totalidad con mucha atención sospecho que llegaría a la conclusión de que no lo es.

Desafortunadamente, no puedo leerla en su totalidad con mucha atención porque todavía no la he escrito.

La imagen y la idea que la inspiraron se aferraron a mí durante gran parte de mi niñez; la debí soñar antes de aprender a hablar; o me la conté a mí mismo antes de aprender a leer; o la leí antes de aprender a recordar. Aunque, en general, estoy seguro de que no la he leído. Los niños tienen un recuerdo muy nitido de esas cosas y yo todavía puedo recordar no sólo la forma y el volumen y el encuadernado de los libros que más me gustaban, sino también la posición de las palabras impresas en muchas de sus páginas. En general, me inclino por la opinión de que esta historia me pasó antes de que naciera.

En cualquier caso, contemos la historia ahora con todas las ventajas que le confiere la atmósfera que la rodea. Imagínense, por poner el caso, que era la hora de almorzar y yo estaba sentado en uno de esos restaurantes de la City que preparan almuerzos rápidos, en los que los comensales engullen su comida y su media hora de descanso con tanta rapidez que la primera carece de las bondades de los alimentos, y la segunda de las del ocio. Apresurarse en los momentos de ocio es lo menos parecido al mundo



GAL

La

Rep
age
'Qu.

E

¿

F

|

copa como si no pudieran perder un instante colgándolos de la percha y todos tenían un ojo algo bizco, hipnotizado por la enorme cara del reloj de pared. En resumen, eran esclavos de la modernidad, y se podía oír el tintineo de sus grilletes. Cada uno de ellos estaba, de hecho, atado a una cadena; la cadena más pesada con la que se ha esclavizado nunca al hombre: la cadena del reloj de bolsillo.

Pues bien, en un momento dado entró en el restaurante y se sentó enfrente de mí un hombre que casi al instante se embarcó en un monólogo ininterrumpido. En la vestimenta se parecía a los otros comensales y sin embargo en lo concerniente a sus modales era sorprendentemente diferente a todos ellos. Llevaba un lustroso sombrero de copa y un largo frac, pero los llevaba como esas ropas tan solemnes deben llevarse: llevaba el sombrero de seda como si fuera una mitra, y el frac como si fuera el efod de un sumo sacerdote. No sólo colgó el sombrero de la percha, sino que también (tal era su majestuoso porte) pareció pedirle permiso antes de hacerlo, como si quisiera pedirle disculpas a la percha por usarla. Cuando se hubo sentado en la silla de madera con aire de no querer herir sus sentimientos e inclinado la cabeza en señal de respeto hacia la mesa, como si se tratara de un altar, no pude evitar que un comentario aflorara a mis labios pues, a pesar de tener un aspecto próspero y optimista, aquel hombre trataba todo con una cautela rayana en nerviosismo.

Por expresar mi interés le dije lo siguiente:

-Los muebles son bastante sólidos; pero, claro, la gente no los trata con la debida consideración.

Levanté la vista sin convicción y mis ojos se encontraron con los suyos, y se los quedaron mirando tan fijamente como los suyos a los míos, la suya era una mirada apocalíptica. Cuando entró pensé que se trataba de un hombre normal, excepto por sus extraños y cautelosos modales; pero si el resto de los comensales le hubieran visto en ese momento, hubieran salido de la sala gritando despavoridos. Pero no le habían visto y continuaron con el estrépito de tenedores y el murmullo de la conversación. La cara de aquel hombre era, no obstante, la cara de un maniaco.

-¿Tenía usted algún motivo especial para hacer ese comentario? -preguntó por fin mientras se le volvía a enrojecer la cara lentamente.

-Nada en absoluto -le contesté-. Uno no quiere decir nada de importancia; eso suele cortar la digestión.

Se reclinó contra el respaldo de la silla y se pasó un enorme pañuelo por la frente; en su alivio, sin embargo, creí notar algo de pesadumbre.

-Creía que a lo mejor -dijo en voz baja- otra más se había echado a perder.

-Si se refiere a la digestión -le dije-. Nunca he sabido de ninguna que no se echara a perder en esta ciudad. Londres es el corazón del Imperio y el resto de sus órganos están igual de podridos.

-No, me refiero a otra calle -dijo en una voz baja y jadeante- pero supongo que eso no le aclara a usted nada, creo que tendré que contarle la historia. Lo hago librado de toda responsabilidad,

Leadenhall Street, a las cinco de la tarde sin falta, llevando el paraguas en la mano derecha y la cartera en la izquierda. Durante cuarenta años, dos meses y cuatro días salía por la puerta lateral de la oficina, bajaba por la acera izquierda de la calle, tomaba la primera calle a la izquierda y la tercera a la derecha, en la que compraba un periódico vespertino, seguía por la acera derecha de la calle rodeando dos ángulos obtusos y llegaba a una estación del Metropolitano donde tomaba un tren para ir a casa. Durante cuarenta años, dos meses y cuatro días cumplí con esta ruta por la fuerza de la costumbre: la calle por la que bajaba no era larga, y me llevaba unos cuatro minutos y medio hacer el trayecto. Tras cuarenta años, dos meses y cuatro días llegó el quinto, en el que salí de la oficina de la misma manera, con el paraguas en la mano derecha y la cartera en la izquierda, cuando me percaté de que el trayecto por la calle habitual me estaba fatigando más de lo normal. Al principio pensé que debía de estar sin aliento y en mala forma; aunque ambas cosas también me parecieron anormales, puesto que mis hábitos siempre habían marchado como un reloj. Transcurrido un tiempo, sin embargo, empecé a pensar que la calle tenía una inclinación notablemente superior a la que yo conocía; me faltaba, sin lugar a dudas, el aliento subiendo aquella cuesta. Es indudable que por el mismo motivo, la esquina de la calle también me pareció estar mucho más lejos que en el pasado, y al doblarla estaba convencido de que se trataba de una esquina equivocada. La calle ahora se extendía en una inclinada pendiente, como sólo se pueden encontrar en ciertas zonas escarpadas de Londres, y en esta zona no había pendiente alguna. Y sin embargo no me había equivocado de calle. Tenía el mismo nombre; las tiendas cerradas eran las mismas; las farolas y la perspectiva eran las mismas; solo que estaba inclinada hacia arriba como un párpado. Me olvidé de mi fatiga y de mi aliento entrecortado y me eché a correr cuesta arriba hasta llegar al segundo de mis giros habituales, que debía llevarme a un punto en el que casi alcanzara a ver la estación. Mientras doblaba la esquina casi me caigo de bruces en la acera pues ahora la calle se levantaba delante de mi cara como una empinada escalera o el lateral de una pirámide. No había en millas a la redonda de aquel lugar una pendiente semejante si quiera a la de Ludgate Hill. Y ésta era como la de Matterhorn. La calle entera se había levantado como una ola y, sin embargo, cada ápice y detalle de la misma seguían igual y, en la distancia, como en la cima de un desfiladero alpino, avisté las letras rosadas del letrero del puesto en el que compraba habitualmente el periódico.

Entonces me eché a correr desesperadamente, pasando por delante de todos los comercios hasta llegar a una parte de la calle donde había una larga fila gris de residencias. Ignoro el motivo, pero me embargó la sensación irracional de que me encontraba en un largo puente de hierro en mitad del espacio vacío. Se apoderó de mí un impulso que me hizo tirar de la portezuela de hierro de la trampa del carbón de una de las casas. Al mirar por ella, vi el infinito y las estrellas.

Cuando volví a levantar la vista, vi a un hombre que aparentemente había salido de su casa y se encontraba ahora en el jardín frontal de la misma; estaba asomado por encima de la verja y me miraba. Estábamos solos en aquella calle de pesadilla; su cara estaba en sombras; llevaba una ropa oscura y vulgar; pero al verle allí de pie con una inmovilidad tan perfecta, supe, de algún modo, que no era de este mundo. Y las estrellas que brillaban a su espalda eran más grandes e implacables de lo que pueden soportar los ojos de un hombre.

-Si es una especie de ángel -le dije- o un demonio sabio, o tiene algo en común con los seres humanos, dígame qué demonios es esta condenada calle.

Tras un largo silencio dijo:

-¿Qué crees tú que es?

-Es Bampton Street, por supuesto -le contesté con brusquedad-. Llega hasta la estación de Oldgate.

-Sí -admitió con gravedad- es cierto que va a allí a veces. Ahora mismo, sin embargo, se dirige al Cielo.

-¿Al Cielo? -dije yo-. ¿Por qué?

-Va al Cielo a reclamar justicia -respondió el hombre-. Debes haberla tratado injustamente. Recuerda siempre que hay una cosa que nada ni nadie puede soportar. Recuerda que resulta insoportable que te exploten y además te descuiden. Por ejemplo, se puede explotar a las mujeres, todo el mundo lo hace. Pero no se puede descuidarlas: te desafío a que lo intentes. De igual modo, se puede descuidar a los mendigos y a los gitanos y al resto de los aparentes desechos del Estado, siempre que no se los explote. No hay bestia, ni caballo, ni perro que soporte que le hagan trabajar más de lo que le corresponde y no le rindan el debido respeto. Lo mismo pasa con las calles. A esta calle la has explotado sin descanso y, sin embargo, nunca te has acordado de ella. Si esto fuera una democracia sana, incluso los paganos hubieran colgado guirnaldas en esta calle y le hubieran puesto el nombre de un dios. De haber sido así, hubiera seguido en silencio. Pero la calle por fin se ha cansado de tu eterna insolencia y levanta su cabeza encabritada hacia el Cielo. ¿Te has montado alguna vez en un caballo encabritado?

Contemplé la larga calle gris y, por un momento, me pareció exactamente el cuello largo y gris de un caballo que se levantara hacia el Cielo. En un momento, sin embargo, me volvió la cordura y dije:

-Pero todo esto es una tontería. Las calles van a donde tienen que ir. Una calle siempre tiene que llegar a su final.

-¿Por qué tienes esa opinión de la calle? -preguntó, sin moverse un ápice del sitio.

-Porque siempre la he visto hacer lo mismo -le repliqué con comprensible enfado-. Día tras día, año tras año, siempre ha ido hasta la estación de Oldgate; día tras...

En ese momento dejé de hablar pues el hombre había levantado la cabeza con la furia de la calle rebelde.

-¿Y tú? -dijo con un grito espantoso- ¿Qué crees que piensa la calle de *tú*? ¿Crees que la calle piensa que estás vivo? ¿Estás acaso vivo? Día tras día, año tras año, *tú* te has dirigido a la estación de Oldgate ...

Desde entonces he respetado a los objetos que llamamos inanimados.

Y así, inclinando la cabeza levemente en señal de respeto hacia el tarro de la mostaza, se marchó el hombre del restaurante.

0 comentarios

0 votos

